

25° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 24.09.2014

“Soli Deo placere desiderans, sanctae conversationis habitum quaesivit – Deseando complacer solo a Dios, pide el hábito de la santa vida monástica” (Diálogos II, Prol.)

Todo parte de un deseo, un deseo de Dios que nos hace pedir a la Iglesia, en una tradición monástica, la ayuda sin la cual no podremos vivir así, prefiriendo a Dios sobre todas las cosas. El deseo se dirige todo a Dios, pero para vivir ese deseo necesitamos pedir a la Iglesia un camino, una ayuda, una forma de vida que nos ayude a vivir verdaderamente este deseo de Dios, convertirlo en una experiencia, encuentro y relación con Él.

Pero este motivo esencial de la vida monástica – complacer solo a Dios – vale para toda vocación cristiana, incluso el matrimonio. Quizá al inicio, incluso de la vida monástica, este motivo no es tan claro como lo fue quizá para san Benito, pero en toda vocación una fidelidad para siempre es posible solo recuperando y profundizando en este motivo esencial de toda elección de vida, que es en el fondo la naturaleza de nuestro corazón. Nuestro corazón que por naturaleza ha sido creado por Dios, tiene en sí el deseo de complacer al Dios que lo crea por amor. Pero nosotros, como hemos visto en estos Capítulos y también en los místicos, como santa Gertrudis, necesitamos de ayuda para conocer este deseo profundo del corazón y a vivir cada vez más con verdad este deseo. La Iglesia nos ayuda en esto, y debería sobre todo ayudarnos el monasterio y la comunidad en la que vivimos.

Por lo tanto, nadie, exceptuando la Virgen María, es totalmente puro en este deseo. Incluso san Benito, en el deseo de complacer solo a Dios, decide *“petere deserta”* (Cap. 1), retirarse a la soledad del desierto, pero al comienzo lleva consigo a su nodriza que, escribe san Gregorio *“hunc arctius amabat”*. Que se podría traducir: “que lo amaba teniéndolo estrechamente junto a sí”, es decir, de una manera posesiva, como sucede con muchos padres.

¿Pero cómo puede ser esto?! ¿San Benito que deja todo: familia, bienes, estudios, carrera, ciudad, se lleva con él a una nodriza pegajosa, afectivamente posesiva, que lo mimaba desde que ha nacido, lo cubre de besos, lo engorda con tantos dulces, lo trata como a un niño incluso de adulto?!

Pero debemos estar agradecidos a san Gregorio por no haber silenciado este episodio, porque nos hace comprender que también cuando hemos “partido” para seguir nuestra vocación, no por esto nos hemos liberado ya totalmente de lo que obstaculiza nuestra adhesión total al Señor. El deseo de complacer solo a Dios existe y es fuerte desde el inicio, pero incluso en el desierto no podemos dejar de hacer las cuentas con una conversión de nuestro corazón, con una liberación de nuestro corazón que durará toda la vida. Cada uno de nosotros es seguido al monasterio, y otros en el matrimonio, por una “nodriza posesiva” con respecto a la cual será necesario hacer un trabajo de separación, de maduración.

El problema no es tanto la nodriza, sino nosotros que dejamos todo y a todos por Cristo y, sin darnos cuenta, nos atamos a lazos más determinantes que el lazo con Él, más pegajosos para nuestro corazón.

Pero lo importante es ser conscientes, y ser conscientes de que sobre estos lazos posesivos de personas u otras cosas tenemos que hacer un camino de maduración. Lo importante es no “dar el hábito monástico” también a la nodriza, no revestirla de una vestidura sagrada, como si formase parte de nuestra vocación. Lo importante es no crear motivos sagrados para justificar los lazos posesivos en relación con los cuales no somos libres, porque entonces estos lazos nos devoran, y el deseo de complacerlos destruye el deseo de complacer a Dios y, por lo tanto, nuestra más profunda libertad y capacidad de amar. La nodriza de la que no nos liberamos interiormente, si de niños chupamos de su seno, nos “chupará” por completo, no dejando nada de nosotros para complacer al Señor.

Pero fijémonos que san Benito, para alejarse de su nodriza no la... mata. La abandona a escondidas – *"nutricem suam occulte fugiens"* –, después de haber hecho un milagro para consolarla de la rotura de un objeto de cocina. Finalmente, resolvió la relación con ella en su relación con el Señor que lo puede todo, por lo tanto, rezando por ella con fe. En un cierto sentido, la dejó confiándola a Dios que hace milagros, incluso el milagro de consolar y llenar Él mismo las relaciones posesivas con las que hay que romper, o al menos hacia las que el Señor nos pide una distancia. Si nuestro corazón uniéndose a Dios hace una experiencia de libertad, debemos tener fe en que esta libertad se la quiere dar también el Señor a los demás, llenando de su Presencia también sus corazones.

Por lo tanto, todo esto nos hace entender que el trabajo sobre nuestra afectividad forma parte del proceso místico de nuestra adhesión a Dios y no debemos tener miedo de ella. Aún más, la afectividad es necesaria para la mística. No es por casualidad que los místicos se alimenten del *Cantar de los Cantares*. De otra forma, a Cristo le entregamos solo la cabeza y no el corazón.

Aceptando esta separación, el joven Benito encuentra Subiaco, que es un lugar definido por dos elementos: la soledad y el agua viva: “Abandonada a escondidas su nodriza, se dirigió hacia un lugar apartado y desierto llamado Subiaco (...) rico de aguas claras y frescas” (Cap. 1). Subiaco no es un desierto seco, sin vida: es un desierto del que brotan ríos de agua viva. Es un lugar simbólico del corazón que se une a Cristo (cfr. Jn 7,37-38). En Subiaco Benito encuentra en Cristo la única fuente de la vida. Allí sigue al Cordero que lo conduce a la unión esponsal con Él: “El Cordero (...) será su pastor y le guiará a las fuentes de las aguas de la vida” (Ap 7,17).

Pero ¡atención! Benito no parte a la aventura, instintivamente. Subiaco es también el lugar en el que Benito encuentra una paternidad, un guía espiritual, en el monje Romano: “Mientras se dirigía en su fuga hacia este lugar, se tropezó con un monje

llamado Romano, que le preguntó dónde iba y, habiendo conocido su deseo, conservó celosamente el secreto y le ofreció su ayuda, poniéndole el hábito de la consagración a Dios y proveyéndole de lo necesario” (Cap. 1).

Por lo tanto, san Benito no busca una vida mística *do it yourself*, como muchos hoy en día. Incluso en la soledad sigue a un padre, y a través de él toda la tradición monástica de la Iglesia. El padre espiritual, por su parte, se da lo necesario para comer, no es posesivo como la nodriza. Lo sigue dentro de una distancia que respeta el camino que Benito debe hacer con Dios. Romano ayuda a la soledad de Benito, no la llena. Lo que le interesa es hacia dónde tiende Benito: “*quo tenderet requisivit*”, es decir, el deseo de Benito: “*cuius cum desiderium cognovisset...*”. Un buen padre o una buena madre espiritual no es aquel o aquella que nos dan sus respuestas, sino aquellos que nos ayudan a ir al fondo de nuestros deseos. Y sabemos que Benito había dejado todo “deseando complacer solo a Dios – *solí Deo placere desiderans*” (Pról.). Romano es el padre que Dios da a san Benito para ayudarlo en este deseo, que es precisamente el deseo místico, el deseo de corresponder al deseo esponsal de Dios en nuestras relaciones.

En el culmen de la consagración a este deseo de complacer solo a Dios, Benito volverá a encontrar la comunión fraterna con el sacerdote que después de tres años irá a encontrarlo el día de Pascua. Quien va al fondo de la comunión con Cristo encuentra la alegría de vivirla con todos.

Y al final del primer capítulo de la Vida de san Benito en el II Libro de los *Diálogos* de san Gregorio Magno, Benito irradia su paternidad sobre las personas más miserables de los alrededores: los pobres pastores. Antes se asustan, creen que Benito es un animal: ¡imaginémoslo con barba y pelo de tres años, y vestido de pieles! Pero después, “reconociendo en Él a un siervo de Dios, se vieron movidos a pasar de una vida de animales a la gracia de la piedad” (Cap. 1).

El místico humaniza al pueblo. No os digo ya quién ha escrito que “es urgente recuperar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva” (*Evangelii gaudium*, § 264).

Esto es precisamente lo que acontece como fruto de la mística de san Benito. Pero en este episodio se ve que lo que humaniza al ser humano es la mística misma, la piedad misma que el místico ha profundizado renunciado a todo lo demás. Los pastores “animales” de los alrededores de Subiaco, san Benito los humaniza transmitiéndoles la gracia de la piedad, la gracia de la vida en Cristo por la que se ha sacrificado completamente.